

*... Yo fui niño ahí en esos años decisivos, desde los cinco a los nueve, en el que alma recién despierta clava sus raíces en una tierra, aferrándose a un paisaje...*

*... ¿Cuántos recuerdos despierta en mí la sola palabra Villaviciosa tan entrañablemente unida a mi niñez? Quiero sólo destacar uno entre todos ellos: el día en que, por fin, pude tener el dinerillo suficiente para comprarme una capucha y una túnica moradas y un cordón de borlas amarillo para formar como Nazareno en la procesión de Semana Santa. No podré olvidar nunca la emoción de aquel día porque yo temblaba, pero no acierto a precisar nada ordenadamente. Recuerdo como en una bruma confusa que la ceremonia se desarrollaba en dos lugares: en lo alto de la cuesta, en la iglesia vecina a la escuela, y en la plaza en que está la casa solariega de largo balconaje de madera donde pernoctó el Emperador. En uno de estos dos lugares, no sé en cuál, se celebraba el pasaje litúrgico que más profundamente me impresionó: el Descendimiento. La gran imagen de Cristo era desclavada de la Cruz, descendida en la Sábana, recogida por los Discípulos y llevada amorosamente al Sepulcro por unos Nazarenos cálidos de humanidad y devoción, que manejaban los Símbolos sagrados de la tenaza y la escalera, los clavos y el martillo como figuras animadas de Van der Weyden. Aquella insólita mezcla de verdad humana y de teatro litúrgico, de carne popular y tallas de madera, me impresionó como el más prodigioso de los retablos. Nunca volví a sentir el patetismo del Descendimiento con tanta fuerza de sugestión; ni cuando lo vi realizado totalmente en vivo en la murciana Semana Santa de Lorca, ni cuando lo vi desgarradoramente interpretado en México por los indios de Ixtapalapa en la calzada de Hernán Cortés...*

*... Si considero la Pasión como el más patético y Hermoso Drama del Hombre, la razón habría que buscarla en aquel pequeño corazón que temblaba bajo su túnica de nazareno en una lejana Semana Santa de Villaviciosa.*